



Juan Pablo II va tomando cada vez acciones más decididas en favor de la paz. Hace pocas semanas se dirigía a los Obisps salvadoreños denunciando con toda claridad las causas del conflicto salvadoreño y su remedio. El día 15 de Septiembre recibía al Presidente de la OLP, Yaser Arafat en el Vaticano. El líder árabe ha sido considerado y es considerado todavía por Israel como un terrorista, partidario de la violencia para lograr que su pueblo tenga la patria que le corresponde y no ande vagando de lugar en lugar. Juan Pablo II no ha tenido miedo de que se le acuse de recibir a un terrorista. Es claro que el Papa no está a favor del terrorismo, nixi siquiera a favor de la violencia, aunque sí está en favor de toda acción justa exigida por una causa justa. Por eso ha recibido a Yaser Arafat.

Las tropas palestinas, los hombres de Yaser Arafat acababan de ser obligados a salir de Beirut y a dispersarse por los países árabes. Las mortíferas y asesinas armas norteamericanas manejadas por los israelíes habían dejado miles de muertos en el Líbano, que para nada había declarado la guerra a Israel. El Papa protestó encendidamente por esta matanza prepotente, que no fuera posible, si Estados Unidos no armara con tal lujo de armas ofensivas a un Gobierno como el de Begin, que sólo cree en la seguridad por la fuerza y por la muerte. El Papa ahora recibe al líder palestino para mostrarle su solidaridad, mientras aguanta la protesta farisaica de los líderes judíos, como si el violento fuera el pueblo palestino y el pacífico el pueblo israelí. Nada más lejos de la verdad. Los palestinos están armados porque no les han dejado otro recurso para recuperar un suelo y una patria que sus antepasados tuvieron por cientos de años. Son un ~~ms~~ pueblo sin patria y el Papa pide una patria y un suelo para esos cientos de miles de hombres. Pide también seguridad para Israel, pero pide sobre todo justicia para todos.

Es cierto que Yaser Arafat ha cambiado su acento de la lucha militar en favor de la lucha política, al constatar que contra las millonarias armas del imperio es poco lo que pueden hacer sus hombres armados. La URSS se ha abstenido de arriesgarse

en la ayuda a los palestinos y se ha contentado con buenas palabras, mientras sus aliados sirios están siendo golpeados inmisericordemente. A la sensatez de Yaser Arafat ha respondido la comprensión de Juan Pablo II y su valentía cristiana para clamar en favor de los pobres y de los perseguidos.

Para nosotros este gesto del Papa es una nueva señal de aliento cristiano. Ya el ejemplo mismo del Papa en un tema tan controvertido nos señala lo que debe hacerse como Iglesia ante casos similares. Y el nuestro es un caso similar. ¿Qué dirían nuestros dirigentes si el Papa o alguno de nuestros obispos diera la mano públicamente y se reuniera oficialmente con alguno de los dirigentes del FDR o del FMLN? Les parecería una falta de prudencia, un error histórico; les parecería en fin lo mismo que les ha parecido a los judíos el gesto del Papa con Yaser Arafat. Pero, por otra parte, el gesto del Papa muestra una forma de lucha por la justicia, que se aparta cada vez más de las formas violentas. En ese sentido el Papa ha visto que los dirigentes del FDR-FMLN están cada vez más abiertos al diálogo, a la negociación, a la salida política del conflicto salvadoreño, y por eso ha escrito esa carta a los Obispos, que comentábamos en un número anterior de Carta a las Iglesias y que supone un respaldo a los esfuerzos por acabar con la guerra y con la injusticia social. Ya no podrá decirse que el Papa sólo se preocupa de Polonia, ya no podrá decirse que el Vaticano sólo camina por las vías norteamericanas. Reagan y Schultz no están por recibir a Yaser Arafat, aunque la ONU lo está, aunque lo están los gobiernos europeos, aunque lo están los países democráticos. En esto también se da mucho parecido con lo que sucede en el problema salvadoreño. Los dirigentes de la oposición son recibidos oficialmente en los países democráticos y con ellos se mantienen diálogos efectivos. Sólo Estados Unidos y sus satélites, sólo nuestros gobernantes consideran que no se puede hablar con ellos. Ojalá el ejemplo del Papa les haga cambiar.

